

# La Forma

Redacci3n - 14/06/2011

Siguiendo las ideas b3sicas anteriores, resulta que el 3nico texto hist3rico disponible servir3a como soporte para la Embajada del Moro vespertina; y de la certeza del encarcelamiento del ra3is deduje la hip3tesis adecuada de que el hecho fuese fruto de una escaramuza, posterior y consecuencia de la Embajada del Cristiano matutina. Entre la gama de motivaciones posibles para constituir el n3cleo esencial o tem3tico de esta primera Embajada, eleg3 la que me pareci3 m3is noble y digna: la pretensi3n castellana de que el ra3is renovase el juramento de fidelidad al Rey Alfonso ante la vecindad y poder3o del Rey Jaime, a lo que los moros se niegan por inconsecuente e innecesario. Con ello se caldean los 3nimos de los embajadores y aumenta la tensi3n del di3logo hasta desembocar en la intransigencia y rotura de hostilidades. La batalla subsiguiente finaliza con el apresamiento del ra3is por parte de los castellanos y con una breve arenga del embajador moro a sus correligionarios para evitar que persigan a los cristianos, ante el peligro de una emboscada en las monta3as y para inducirles a regresar a Crevillent a rehacer la mesnada.



Por el contrario, la Embajada del Moro es radicalmente distinta porque no se trata de preparar una segunda batalla sino de desarrollar las premisas fundamentales de una negociaci3n para firmar un pacto. De ah3 se deriva un lenguaje fr3o y diplom3tico, una dial3ctica sutil y precavida, un c3lculo de probabilidades y conveniencias, un forcejeo de ofertas y demandas. Concluida la Embajada con la aceptaci3n por ambas partes de las condiciones estipuladas en el campamento catalanano-aragon3s ante los muros de Orihuela, la acci3n inmediata y l3gica ser3a la representaci3n esc3nica en Crevillent de la toma de posesi3n del castillo por un lugarteniente del Rey D. Jaime y la vuelta veros3mil del ra3is liberado.

Sin embargo, entre ambos momentos o acciones (que en la historia real debieron estar separados por algunos d3as), se intercala una segunda batalla con el fin exclusivo de ocupar y desfogar a la masa de festeros, que deben tener un protagonismo activo tanto por la ma3ana como por la tarde. Como es inconcebible una lucha entre moros y

cristianos tras una Embajada pacífica y concordante, la motivación para la batalla tenía que venir de los terceros en discordia: los castellanos hostigan a los moros durante su regreso a Crevillente y la lucha termina con la llegada de los catalano-aragoneses. Y una vez concluida la batalla, se dirigen todos a Crevillente para la toma de posesión del castillo tremolando el perdón del rey Conquistador.

Aunque esta segunda batalla tiene una misión eminentemente práctica y festera, su justificación teórica es de orden secundario y a simple vista pudiera parecer un enquistamiento innecesario y hasta incongruente con el desarrollo general de la acción. Pero, analizando la historia de Crevillente en 1265 y del Reino de Murcia en el siglo XIII, se observa la evidencia de tres fuerzas presentes, vitales y concurrentes que actúan en la escena político-militar de la época en diversos momentos, circunstancias y medidas, protagonizando realidades indudables: Castilla, Aragón y los sarracenos de los reinos taifas de Al-Andalus.

Tales son las directrices que estructuran las Embajadas y las acciones bélicas complementarias, que permiten vertebrar la actividad festera llenado suficiente y adecuadamente un día completo de los Moros y Cristianos. El que ello se consigna en la realidad práctica dependerá del empaque y boato que los crevillentinos deseen conferir a las Embajadas, de la duración y volumen que quieran dar a las batallas de arcabucería, y del cuidado y esmero que presten a los mil y un detalles factibles de desarrollar y perfeccionar. Materia y posibilidades las tienen de sobra, y sólo falta un poco de ingenio artístico y un mucho de voluntad organizativa.